

El Carro del Heno

Son las mismas pisadas

Cada año las mismas pisadas sobre la playa dicen que el verano se adentra en el tiempo... Traigo todos los faros en mis bolsillos, los reparto sobre la arena, las luces giran en su movimiento terrenal, el mar cubre ahora otros bolsillos, vacíos de notas por escribir.

Todos los veranos apaño el limbo de una brújula, un nuevo norte imantado me recuerda que los grados no marcan mis pasos, son los vientos del sur los que arrebatan las agujas de mi caja del destino. Un rumbo que señala las mismas pisadas estivales sobre la arena, acumulando episodios en el índice de una existencia, capítulos que hablan de días pasados.

Noches de verano que alargan el desvelo de una madrugada, la Osa Mayor trae en su carro mis estrellas vanas, necesitan otras bombillas, farolillos de verbenas entrelazados en los minutos que arrastran mis recuerdos ya soñados.

Busco los faros de la noche que arañan los confines precipitados de ultramar, llevan enganchadas las almas que navegan a una deriva que se torció. Unos timones zozobrados que se alejan de tormentas terrenales y de vientos tumbados entre escolleras romas. Me gusta esperar por la mañana a que ellos se apaguen, parecen un niño que cesa su llanto al caer la madrugada. Se quedan sin luz, arrebatadoras sombras en un horizonte añil donde los barcos navegan con libertad. Atalaya advertida de mi propio pasado.

Encuentro entre las mismas pisadas conchas huecas donde se guarecen los vendavales remotos. Huelen a mar seco, a cangrejo, a leve néctar sobre mi piel salada, besos que también habitan en el lamento de caracolas de verano. Atrapados como en una profecía hacen de lo salobre, el canto más hermoso.

Me quedo en el horizonte dorado del ocaso, promete unas luces que traen la noche, revives en el escalofrío del mar de fondo, ese olor en tu cabello enredado en mis dedos. La madrugada se hace densa y más oscura que nunca, antesala del alba, cortejo del astro rey. Otro esplendor llega vistiendo los confines. Otro día más para recordarte.

Pies parados sobre las huellas que siguen en mi memoria, nuestros pies enredados y también, también mis recuerdos, sobre los mismos pasos y mismas pisadas.

Cada verano.

Lola Padilla

Extravagancia

En ocasiones, algún pensamiento que ronda por la cabeza nos impulsa a ejecutar acciones poco comunes en los quehaceres cotidianos, como el que esté ahora sentada frente al ordenador intentando transmitir mi desagrado por una película, esto supone toda una extravagancia por mi parte, ya que nunca he realizado crítica cinematográfica; hasta ahora me había limitado a visionar películas sin cuestionar, poco más allá de las emociones, aquello que podían llegar a producirme. Escribo este texto movida por la gran admiración que siento hacia la novela del escritor irlandés Bram Stoker, *Drácula*, un texto delicioso perteneciente al género gótico de terror y romántico que fue publicado en 1897. Un clásico que llegó a mis manos por casualidad, hace ya muchos años, y me cautivó desde la primera página por su extraordinaria narrativa. Con las magníficas descripciones de paisajes llenos de belleza y exotismo, y la ternura que imprime a sus personajes unida a la exquisita delicadeza con la que se trata un tema tan escabroso como el del vampirismo, Stoker consigue revelar al lector las situaciones más terribles sin dañar su sensibilidad, compensando las emociones más intensas con un lenguaje poético y cálido.

Por todo esto no resulta extraño que este título haya inspirado a guionistas y productores de cine y que las películas rodadas en torno a la figura de Drácula -la más antigua del 1922 y la última del 2009- sobrepasen las doscientas. Un repertorio muy amplio que no me despertó mucha curiosidad hasta la adaptación que hizo Coppola, entonces, animada por las críticas favorables no pude evitar la tentación de ver en la gran pantalla a mis personajes favoritos. Cuando terminó la proyección, me sentí decepcionada más que por la película en sí, por su pretendida fidelidad a la novela de Bram Stoker, aquí es donde discrepo enérgicamente: aunque la esencia de la novela está reflejada en la versión cinematográfica, la película me parece especialmente desafortunada en el tratamiento de los personajes, ya que no refleja la riqueza de matices que ofrece el libro, especialmente, en casos como el de Lucy (muy injustamente tratada en la película); el doctor Van Helsing (nada que ver con el de la novela); Renfield (complejo y muy rico en matices) y sobretodo la figura del propio Drácula: un ser carente de todo sentimiento, frío y cruel, al que Coppola ha pretendido humanizar sin justificación, haciéndole vivir una historia de amor con Mina que nada tiene que ver con el libro. Pura extravagancia.

Carmen M. Herrera